

Durante los meses de abril y mayo de 2004, se hizo evidente el fracaso de la política "imperial" unilateralista que el presidente norteamericano George W. Bush y su equipo de gobierno conservador han venido aplicando desde el año 2001 hasta el momento presente. Múltiples corrientes rebeldes, tanto nacionales como sociales, están desafiando al "imperio" unilateralista a lo largo y ancho del mundo, incluido el seno mismo de la nación norteamericana y, con ello, Estados Unidos se verá obligada, presumiblemente, a escoger entre el aislamiento o una nueva política de mayor moderación y de concertación multilateral.

El Medio Oriente, Europa y Asia oriental son teatros de acontecimientos internacionales interesantes, dentro de un marco económico mundial que parece inmutable. (Por falta de espacio, queda aplazado hasta el próximo mes el análisis de la evolución internacional latinoamericana).

¿Hacia la derrota del unilateralismo?

Demetrio Boersner

El marco mundial socioeconómico

Desde 1980 en adelante, la economía mundial muestra rasgos que se asemejan a los que predijeron los economistas clásicos pesimistas para la etapa "tardía" o "final" del capitalismo. El progreso tecnológico ha conducido a un creciente desplazamiento del trabajo humano por la producción automatizada. Crece el desempleo, con la consiguiente baja de los salarios reales y el aumento de la exclusión social. El capital, por su parte, sufre una merma de sus beneficios en razón del aumento de costos y la reducción de la demanda global, y por ello procura racionalizar la producción mediante fusiones y combinaciones oligopólicas, e intentos multiformes de reducir cada vez más los gastos laborales y sociales. Al mismo tiempo, la creciente desproporción entre recursos financieros disponibles y recursos invertidos en la producción efectiva, tiende a incrementar las distorsiones especulativas del intercambio económico. Los contrastes fundamentales entre minorías que concentran el control del gran capital, y mayorías dependientes o excluidas, se acentúan cada vez más a escala mundial, entre sectores sociales y naciones o regiones. Ante tal cuadro, los pensadores críticos vislumbraron la posible formación de una coalición mundial de explotados y ex-

cluidos para exigir e imponer el reemplazo de la economía regida por el afán de lucro por un nuevo sistema basado en la solidaridad. La única otra alternativa sería la recaída de la humanidad en la barbarie y el caos.

Desgraciadamente, el movimiento de los pueblos hacia una transformación solidaria, racional y sobre todo democrática y humanitaria de las estructuras productivas fracasó en sus impulsos e intentos en el transcurso del pasado siglo. El movimiento comunista, inicialmente esperanzador para pueblos oprimidos y espíritus nobles, descuidó y luego asfixió su democracia interna y terminó por hundirse en un marasmo de autoritarismo, burocratismo e ineficiencia. La socialdemocracia perdió gran parte de su efectividad por sus frecuentes concesiones a la derecha. Algunos socialismos nacionales de países del tercer mundo en vías de liberación tendieron a transformarse en caudillismos populistas más o menos corruptos y en todo caso decepcionantes. Por ello, a partir de 1990 pudo imponerse como paradigma casi único el esquema de la globalización neoliberal, cuyas "reformas" se orientan principalmente a seguir rebajando el nivel global de los salarios reales y del empleo formal.

Pero la iracunda protesta de los pueblos empobrecidos, sobre todo en la periferia subdesarrollada del

sistema internacional, no se apagó sino solamente perdió sus modos de expresión positivos y racionales. Desde 1979 en adelante, la “revolución” islamista que en realidad es una contrarrevolución hacia estructuras medievales y despóticas, y a partir de 2001 su expresión más violenta, el terrorismo islamista, llenaron el vacío dejado en el mundo de la exclusión y de la humillación por los fracasos del comunismo, de la socialdemocracia y de los socialismos nacionales laicos.

Ante ello, el centro predominante, en cuyo seno se une el máximo poder capitalista corporativo con el



máximo poder militar y político, asumió actitudes radicales y unilaterales para reprimir y castigar la rebelión terrorista y anárquica contra el orden mundial establecido. Al mismo tiempo, sus acciones represivas y preventivas apuntan seguramente a fortalecer el control hegemónico sobre regiones de interés geoestratégico, y a estimular un aparato productivo desfalleciente. No obstante, en el mundo se están multiplicando y fortaleciendo las resistencias y los rechazos.

Resistencia nacional en Irak

En los primeros meses que siguieron a la invasión y ocupación de Irak por las fuerzas norteamericanas y los contingentes aliados, no existía ninguna resistencia nacional unida por parte del pueblo de ese país. La caída del régimen de Sadam Husein en un primer momento alentó tendencias centrífugas.

Las tradicionales divisiones entre las comunidades chiíta y sunita, entre árabes y kurdos, y entre tribus o clanes en el seno de cada comunidad se hicieron muy evidentes.

Inicialmente, las autoridades de ocupación supieron servirse de las contradicciones internas de Irak

para tratar de controlar y dirigir el proceso de reconstrucción del país bajo el signo de una democracia pro-occidental. Se estableció una alianza tácita entre la coalición aliada y la comunidad kurda en el norte de Irak. La dirigencia kurda espera poder contar con el apoyo estadounidense y británico para avanzar hacia su objetivo, separatista más bien que sólo autonomista, de creación de un Kurdistán soberano. Por otra parte, la autoridad ocupante comprendió que le convenía tratar de apoyarse en la mayoritaria comunidad chiíta (60 por ciento de la población), inclinada a buscar su mayor autonomía frente a los sunitas que, a pesar de ser minoría, habían ocupado una posición ventajosa bajo la dictadura de Sadam Husein. Sin embargo, la relación de la autoridad norteamericana con los chiítas pronto se tornó difícil. Los ocupantes proponían una sistema de representación equilibrada entre las comunidades para seleccionar a los futuros gobernantes nacionales de Irak, en tanto que la comunidad chiíta exigía elecciones generales directas.



Luego, las fuerzas ocupantes cometieron diversas torpezas en el trato con los chiítas como también con los sunitas. El jefe espiritual chiíta, ayatolá Sistani, rompió su diálogo con las autoridades estadounidenses. Por otra parte, el clérigo chiíta radical, Moktada al-Sader, organizó y dirige un alzamiento armado contra los ocupantes, a fin de forzarlos a abandonar el país. Los

combates se desenvuelven en el sur de Irak y tienen como epicentro la ciudad sagrada chiíta de Nayaf.

Más al norte estalló una tremenda revuelta anti-estadounidense en la ciudad de Faluya y sus alrededores. Aquí los rebeldes son sunitas, y las autoridades norteamericanas suponen que están dirigidos por elementos del ilegalizado partido Baas, partidarios del derrotado y capturado Sadam Husein. En realidad, como lo señalan expertos en historia y antropología mesopotamia, Faluya es un epicentro de tribus sunitas de tradición beduina, reacias a cualquier tipo de dominación externa (hasta Sadam Husein los trataba con cuidado).

Ante estas rebeliones, las fuerzas norteamericanas recurrieron a medidas de represión cada vez más severas, y hace poco el mundo se enteró con asombro y repugnancia de las escenas de tortura y de vejámenes y humillaciones de prisioneros iraquíes por parte de policías militares y funcionarios de inteligencia estadounidenses. Ello contribuyó a que, de manera cada vez más definitiva, las rebeliones chiíta y sunita se unifican en un solo movimiento de resistencia armada nacional iraquí. Ante ella, Estados Unidos se verá obligada, más temprano que tarde, a pedir la ayuda efectiva de la ONU, otorgando a ésta la autoridad e importancia que se merece, y a negociar su propia retirada de un país con el cual se equivocó desde el momento en que lo invadió por sospechar que almacenaba armas de destrucción masiva.

U.E. y EE.UU. en pugna por Europa centro-oriental

Ante la guerra de Irak, Europa occidental ha tenido en su seno posiciones encontradas. Mientras Francia y Alemania adoptaron una actitud de rechazo a la acción armada de Estados Unidos, la Gran Bretaña, Italia y el pasado gobierno español del Partido Popular dieron su respaldo a la política del presidente Bush. La decisión francesa y alemana se basó primordialmente en el sentimiento mayoritario de los pueblos de ambos países, opuestos a la actitud unilateralista norteamer-



ricana y al intervencionismo en países del tercer mundo. Pero también reflejó la protesta de empresas transnacionales dirigidas desde Europa, contra una expansión geoeconómica de sus competidoras yanquis en el Medio Oriente. Los gobernantes de Gran Bretaña, Italia y España, en cambio, optaron por la vía de la alianza con Estados Unidos, logrando con ello que sus intereses económicos nacionales pudiesen participar eventualmente en la reconstrucción de Irak.

El apoyo parcial de Europa Occidental a la intervención en Irak recibió un golpe muy rudo e inesperado por el cambio político en España. El gobierno conservador de Aznar había estado hiriendo desde hace algún tiempo los sentimientos de importantes sectores del pueblo español en materia de política exterior, por su colaboración demasiado completa con Estados Unidos y su orientación general "nortatlántica", que implicaba un relativo debilitamiento de los acostumbrados vínculos preferenciales con Hispanoamérica y el mundo magrebino-árabe. Cuando el atroz atentado terrorista del 11 de marzo en Madrid destruyó la prevaliente creencia de que, pese a todo, el Partido Popular era garante de la seguridad física de los españoles, a la vez que sus voceros aparecieron como mentirosos con respecto a la autoría del crimen, la airada opinión pública electoral se volcó masivamente a favor del Partido Socialista Obrero Español, cuyo jefe, José Luis Rodríguez Zapatero, asumió la presidencia del gobierno y, de inmediato, anunció el retiro de la fuerza militar española de Irak. Esa iniciativa tuvo por consecuencia los anuncios de los presidentes de Honduras y de la República Dominicana de que también ellos retirarían sus contingentes militares destacados en el país mesopotámico. Todo ello constituyó un rudo golpe contra la línea polí-

tica del presidente Bush, y en el seno de la Unión Europea fortalece la tendencia hacia la autonomía frente a Estados Unidos.

Sin embargo, la influencia norteamericana en el viejo mundo podría no sólo mantenerse sino incluso ganar fuerza, por efecto del ingreso a la Unión Europea de diez nuevos miembros que son: Chipre, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia y la República Checa. En el caso de ocho de ellos —los de Europa centro-oriental—, existe un ambiente político y psicológico pro-estadounidense, ya que Norteamérica es percibida como la nación amiga que les prestó consecuente y eficaz apoyo para liberarse de la dominación soviética y comunista. Al mismo tiempo, el complejo industrial y financiero estadounidense y su influencia comercial se hacen presentes en Europa centro-oriental con mayor ímpetu que sus competidores europeos occidentales, que así pueden verse obligados a escoger la vía de la transacción y la colaboración más bien que la del enfrentamiento. El ingreso de los diez nuevos miembros, ampliando la UE de quince a veinticinco Estados, se efectuó solemnemente el día 1° de mayo de 2004.

Viraje a la izquierda en la India

En varias etapas entre fines de abril y principios de mayo se efectuaron las elecciones generales de la India, democracia más populosa del mundo y país líder histórico del movimiento de descolonización y de no alineamiento. Se enfrentaron dos grandes bloques: uno de centro-derecha encabezado por el partido social-hinduista Bharatriya Janata que gobernó al país durante los diez años pasados y lo llevó por un rumbo de moderada desestatización y liberalización económica, y el otro de centro-izquierda agrupado en torno al viejo y prestigioso Partido del Congreso, laico y partidario de una economía mixta basada en preceptos "socialistas democráticos". La izquierda marxista, más extrema, en esta oportunidad se alió con el Partido del Congreso que tradicionalmente había

sido su rival en la lucha por la adhesión de los sectores populares.

Sorpresivamente, en contra de todos los pronósticos, la coalición de centro-izquierda ganó las elecciones y posiblemente la señora Sonia Gandhi, viuda del ex-primer ministro asesinado Rajiv Gandhi (quien a su vez fuera hijo de Indira Gandhi, hija del gran estadista fundador, Pandit Jawaharlal Nehru), será la nueva primera ministra de la India. Su mayor obstáculo es el hecho de que es italiana de nacimiento, india por naturalización, y la oposición derechista no dejaría de utilizar con-



tra ella el argumento xenófobo de su condición de "extranjera". De allí que no está totalmente excluida la posibilidad de que Sonia Gandhi decline la jefatura de gobierno en otro dirigente de indiscutible extracción vernácula.

En todo caso, el inesperado viraje de la India hacia el centro-izquierda parece constituir otro síntoma de la creciente desilusión del mundo con el paradigma de la globalización liberal bajo predominio norteamericano. Los progresistas de la India claramente repudian el unilateralismo estadounidense y desconfían de las recetas neoliberales del Consenso de Washington.